

HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTÉRES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MAS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RÉCIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion
de Nuestra Señora, en Barcelona.

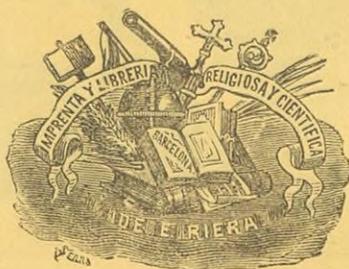
Cura propio de la parroquia de San Juan,
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PRÉVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador núm. 24 y 26.

1876.

Cuaderno 33.

DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATOLICA

DE SU FUNDACION HASTA EL PRESENTE

CONTIENE LA HISTORIA DEL PERSECUTADO DE LAS IGLESIAS DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVI, DE LOS CASOS MAS NOTABLES QUE SE OCUERREN EN LAS PERSECUCIONES DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII, Y LA HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES DE LOS SIGLOS XIX Y XX, Y LA HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES DE LOS SIGLOS XXI Y XXII.

DE LA ESCUELA DE

D. Eduardo María Villaverde y D. José Mariano Esteban

A REVISAR

CON LAS LAMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO

PREVIA CENSURA DIOCESANA

TOMO PRIMERO



BARCELONA

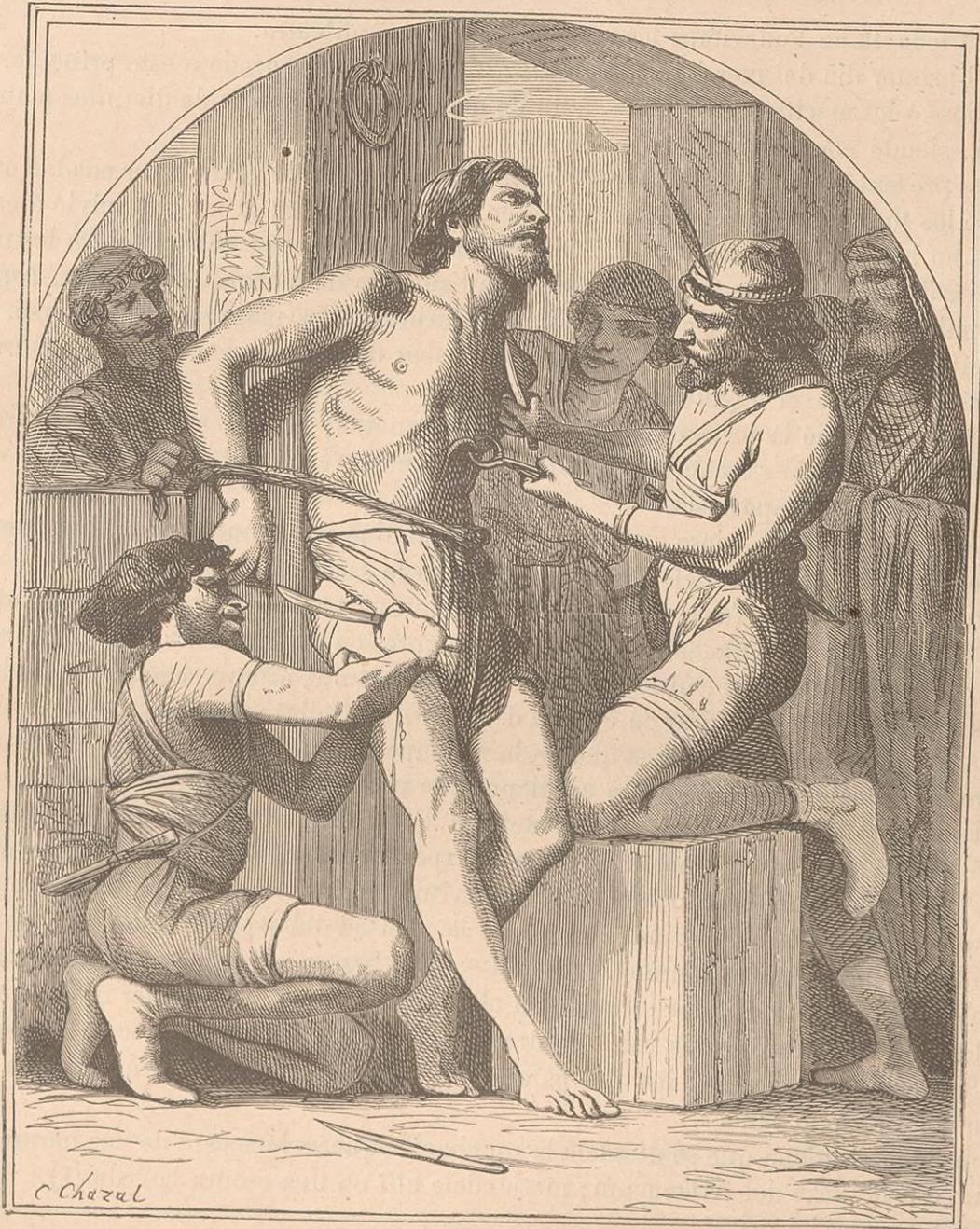
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA

DEL SEÑOR DON D. YAGO HERRERA

1872

Código 38

candente, lívido por los azotes, destrozado, manando sangre, rehusaban humildemente el título de mártires, «los verdaderos mártires, decían, son aquellos á quienes el Cristo recibió «en su seno despues que confesaron la fe, y cuyo martirio cuenta con el sello irrevocable de «la muerte. Nosotros no somos más que pobres, que miserables confesores. Rogad, añadian «con lágrimas en los ojos, rogad sin interrupcion á fin de que el dia de nuestra muerte Dios «acabe la obra que ha principiado con su misericordia.»



UN MÁRTIR EN LA ÉPOCA DE ANTONINO.

XLI.

El anfiteatro de Lyon.

Entre las diversiones de los gentiles ninguna obtenia mayor aceptacion que el atormentar un cristiano. No solo la plebe, sino las personas de posicion distinguida contemplaban aquel espectáculo con fruicion singular; los cristianos en el anfiteatro constituian una escena

que á mas de satisfacer los instintos sanguinarios de aquella sociedad, estaba conforme con su feroz fanatismo.

Habia de celebrarse la fiesta de Augusto. En aquella solemnidad congregábanse en Lyon gentes venidas de todos los puntos de la Galia para reunirse en el templo que ellos consagraron al César que les arrancó su nacionalidad, para asistir al certámen en que los oradores mas ilustres se disputaban el premio de elocuencia ante el altar del emperador convertido en dios.

Se ven todavía en Fourvières los restos del antiguo anfiteatro.

Era el primer dia del mes llamado *Augustus* por estar consagrado á este principe.

Dividióse á los mártires en grupos, á fin de que, dándoles muerte de distintas maneras, la diversion, siendo mas variada, tuviese mayor atractivo.

Hízose presentar primero á Maturó y á Sanctus, jóven el uno y de alguna edad el otro. Renováronse los tormentos que habian sufrido en otras ocasiones; la sangre volvió á correr de las llagas no bien cicatrizadas todavía. Ora el pueblo pedia que se echara contra los mártires algun animal feroz, ora que se les sentase en la banqueta de hierro hecha ascua. Aquel público se embriagaba en el olor que despedian las carnes de los mártires al quemarse. Su valor aumentaba en los sufrimientos. Despues de haber dado diversion al pueblo durante un dia, se les condenó á ser degollados.

Mientras principió la tortura de Maturó y de Sanctus, Blandina permaneci6 tras de la balaustrada. Los paganos creyeron que aquellas escenas de crueldad impondrian á la débil jóven, induciéndola á la apostasía.

Con sorpresa de todos, vióse que el rostro de Blandina no se nublabá, y, léjos de notarse en ella los estremecimientos del terror, manifestaba la serenidad mas admirable.

Se ordena que los *aparitores* claven en el suelo un poste. La jóven esclava es atada en él, pero sin perder ni por un momento su simpática expresion de ingénuá alegría. No es extraño: ella no ve ni el concurso, ni los instrumentos de tortura, ni aun se apercibe de las fieras que se la destinan; fijo su mirar en el azul del cielo, que ella contempla al través del *velarium*; no se ocupa de otra cosa mas que de la recompensa que va á recibir.

Entre los espectadores hallábanse cristianos que no habian sido sorprendidos por la delacion. Al contemplar á Blandina en una actitud tan sublime, sentíanse cási arrastrados á ofrecerse espontáneamente al martirio, como si experimentasen cierto sentimiento de envidia hácia la jóven que, aunque educada en la esclavitud, presentaba un cuadro digno del ciudadano que tuviese una idea la mas elevada de la libertad del espíritu. Blandina en el poste les recordaba á Jesús en la columna. Al verla con los brazos estendidos elevando al cielo ferviente plegaria, parecíales estar mirando en el altar de la cruz al Redentor de los hombres.

Se desata á las fieras, se las atiza contra la jóven. Los animales feroces la respetan, y cuantos esfuerzos se hacen son inútiles para que satisfagan su voracidad en aquella niña en que todo respira santo candor.

El presidente ordena que se desate á la muchacha, que se la separe de sus hermanos y se la conduzca á la plaza del Athæneum, metiéndole allí en una oscura bóveda (1).

El pueblo púsose á gritar:

—¡ Atalo, Atalo! ¡ Que traigan á Atalo!

Era Atalo un personaje de distinguida posicion, de ilustre cuna, de méritos los mas recomendables. Habia nacido en Pérgamo, á la sombra de los frondosos bosques que cubren las riberas del Caique y del Cetius. Ardiente por su fe, se habia dado á conocer, mas aun que por su nobleza y vastos conocimientos, por su actividad en la propaganda cristiana.

Atalo era de estos caracteres que van derechos á su fin, sin respetos humanos, sin temores de ninguna naturaleza. No es de estrañar que en aquel momento se condensaran en él las pasiones populares.

(1) Esta bóveda es hoy una cripta subterránea de la iglesia de Ainag.

Atalo se presenta á la arena con la intrepidez propia de las almas de gran temple. Una vida pasada toda en la práctica tan fiel como valerosa de los preceptos cristianos era de suyo bastante garantía para comprender que aquella existencia iba á recibir una digna corona. Atalo no era un neófito de la víspera, no era cristiano por apasionamiento, lo era por convicción y esta contaba en él con poderosísimo arraigo.

Se le coloca en el pecho un letrero que dice: *Atalo cristiano*, y haciéndole pasear de esta manera por el anfiteatro, se le entrega á todo el furor de los insultos populares.

XLIII.

El legado consulta al Emperador.

La plebe furiosa reclama la muerte de Atalo.

El presidente hubo de tener en cuenta que el reo tenia la calidad de ciudadano romano, y que, conforme al principio legal, era indispensable consultar al Emperador antes de disponer de su vida.

El presidente escribe al Emperador respecto á la conducta general que debia seguir con los cristianos. Algo tardía era la carta, despues de los suplicios que habian tenido ya lugar. Sin orden alguna, sin que precedieran edictos y hasta sin proceso; apoyado el fallo únicamente en algunas delaciones arrancadas á fuerza de tormentos ¿cómo justificar las muertes violentas que se habian ya ejecutado?

El legado hablaria de una secta de fanáticos venida del Oriente que no adoraba á ningun Dios, cuyas reuniones se limitaban á escandalosas orgías; y citando la calumniosa denuncia de algunos esclavos, presentaria á los creyentes como grandes criminales, como rebeldes al orden religioso y político constituido. No dejaria de describir las escenas tumultuosas en que el pueblo se lanzaba contra los cristianos, dando á estas el carácter de un gran elemento de perturbacion que ponia constantemente en peligro el orden público.

Marco Aurelio resolvió la cuestion conforme con su política de debilidades. Era un legado suyo, era un pueblo numeroso que se declaraba contra un centenar de hombres. Entraba perfectamente en el carácter de Marco Aurelio el no absolver á los menos para disgustar á los mas. Por su parte no era capaz de aconsejar grandes medidas de rigor: limitóse á decir que á los que abjuraran el Cristianismo se les pusiese en libertad; pero los que persistieran en declararse cristianos, tuviesen el carácter que tuviesen, se les condenara á muerte.

XLIV.

Cómo aprovechan los presos la tregua.

El tiempo que tuvieron que pasar en la cárcel esperando la resolucion del Emperador no habia de ser perdido. Con sus oraciones, con su ejemplo, con sus palabras, logran que alumbrase aquel calabozo un nuevo rayo de la gracia divina en favor de los apóstatas. Aquellas almas infelices volvieron á respirar en el cielo del Cristianismo, aquellos corazones se fortificaron para confesar solemnemente su fe.

Los que obedecen á aquel llamamiento de oraciones y de lágrimas, reciben de sus antiguos hermanos los abrazos de la ternura mas afectuosa; para que se derramara allí el beneficio del perdon, no fue menester sino que se manifestara la disposicion del arrepentimiento.

Ya no hubo, pues, en la cárcel creyentes y apóstatas. Estos quedaron reducidos á un número insignificante. Los demás se confundieron todos en las armonías de unos mismos cán-

ticos, en la participacion de unas oraciones comunes, en la alegría hija de iguales esperanzas.

Congrégase de nuevo el tribunal, y en presencia de un concurso numerosísimo, rodeado de un aparato de tormentos, se empieza por llamar á los antiguos apóstatas, á fin de absolverles conforme á las instrucciones del Emperador.

En medio de la admiracion general, los que se habian creido apóstatas se encontró que eran cristianos y que estaban dispuestos á subir á las alturas del martirio.

Entre los espectadores hay uno que está haciendo continuas señas á los nuevos confesores, indicándoles lo que deben responder y la actitud que han de guardar. Aquel hombre en su celo llega á figurarse que está solo y olvida completamente que le observan millares de gentiles.

No tarda en armarse un tumulto contra él. Era Alejandro, natural de la Frigia, que ejercia con gran aceptacion la profesion de médico. Corazon privilegiado, allí no cabia mas que el amor de Dios y de sus semejantes. El ideal de su vida no era otro que el hacer todo el bien posible, revelándose de un modo especial su actividad é inteligencia en el modo como trabajaba para dar nuevas almas á la fe de CRISTO. Nada tiene de particular, que en aquella hora solemne el ilustre médico no pensase en nada mas que en ver como los que en otra ocasion dieron pruebas de debilidad, esta vez se mantenian fieles hasta el último instante. Estaba interesado en ello su celo de propagandista y hasta su gloria de creyente.

Los ánimos se hallaban en el apogeo de la exasperacion; puede concebirse la furia con que se apoderarian de aquel hombre á quien culpaban de que los nuevos confesores no hubiesen insistido en su apostasía. Llenos de rabia le conducen á la presencia del legado.

Alejandro manifestó interés en que el interrogatorio se abreviara todo lo posible, y apenas se le pregunta quien es, él se apresura á contestar:

—Soy cristiano.

Alejandro es conducido á la cárcel. De los otros que aquel dia comparecieron ante el tribunal, los unos fueron sometidos á las fieras, los que tenian el carácter de ciudadanos romanos murieron degollados.

XLV.

Últimas ejecuciones.

Al dia siguiente Alejandro y Atalo son conducidos ante el tribunal. Sujeto á atroces torturas, Alejandro no exhaló siquiera la menor queja. Satisfecho con la corona de gloria que iba á recibir, concentrábase dentro de sí mismo para no pensar mas que en Dios.

Atalo, sentado en una banqueta de hierro encendido, al exhalar su cuerpo el hedor que era natural quemándose sus carnes, no pudo menos de exclamar:

—Nos acusais á nosotros de devorar hombres, cuando no hemos hecho el menor daño á nadie. Lo que vosotros haceis aquí, esto sí que es devorar hombres.

Contemplando aquella escena estaban la simpática jóven, la interesante Blandina y un muchacho de unos catorce años, que se llamaba Pontico.

Se les instó á jurar por los dioses; los dos jóvenes, á pesar del aparato de tormentos que les rodeaba, escuchando el rugir de las fieras que se les preparaban, á pesar del carácter imponente de aquellas turbas furiosas, no accedieron á nada de lo que se les exigia.

Aquella plebe á grandes gritos les acusa de despreciar á los dioses, y ya nadie respeta ni el sexo en Blandina, ni la tierna edad en Pontico.

Se les somete á toda clase de tormentos. En presencia de aquel concurso, Blandina alienta á su compañero, le exhorta á ser fiel á su fe. El niño tuvo todo el valor del mártir; por la pendiente de largos sufrimientos, subió á la cumbre del martirio.

No quedaba mas que la última víctima; la jóven esclava. La carta de Vienne y de Lyon la califica de «noble madre que animó á sus hijos á luchar vigorosamente, y presentó los vencedores á su Rey, recorriendo ella todo el camino de luchas que siguieron los demás, y ofreciéndose á llegar á donde habian llegado ellos, no triste como la víctima que se prepara á las fieras, sino alegre, radiante de júbilo, como la jóven que es invitada á nupcial convite.»

Se le hizo apurar toda clase de sufrimientos. Los azotes agotan la poca sangre que aun le quedaba en las venas, los animales feroces la arrastran por la arena. Al fin envuelta en una red, se atiza á un toro entregándola á su ferocidad. El toro la embiste y hace volar repetidas veces por el aire á la jóven. La esperanza en su cielo, el sentimiento de amor á su Dios la domina de tal modo que apenas se apercibe de lo que se la hace sufrir.

Aquel cuadro de horror terminó con el degüello de la jóven.

Los mismos paganos confiesan «que no han visto jamás mujer alguna que sufriese lo que sufrió Blandina ni como Blandina.»

XLVI.

La crueldad despues de la muerte.

El furor de los paganos no terminó con la muerte.

Despues de desahogar su odio contra los vivos, se cebaron como hienas contra inertes cadáveres.

Ya no eran las palabras, los actos de heroismo de los confesores lo que exasperaba á los gentiles, era nada mas que la vista de sus restos inanimados. Parece que la razon, los mismos instintos de humanidad, todo habia desaparecido de aquellas gentes.

Los restos de los que murieron asfixiados en los calabozos fueron arrojados para servir de presa á los perros, colocando centinelas de dia y de noche, para que no fuesen recogidos por los creyentes. Juntan los despojos que habian sido perdonados por las fieras y por las llamas; y con aquellas cabezas separadas de su cuerpo, con aquellos troncos sangrientos, con aquellos miembros esparcidos aquí y allá levantan un trofeo á su crueldad que dejan espuesto por algunos dias; pero tambien con los correspondientes guardas de vista.

Veíase á aquellos feroces gentiles con los puños crispados, rechinando los dientes, bramando de rabia pasar junto á aquellos restos. Si algun miembro quedaba aun esparcido en la tierra, lo pisoteaban con satánico furor. Otros desahogaban el veneno de su corazon con torpes burlas, con soeces insultos dirigidos á aquellos restos sin vida, alabando á sus ídolos por haber dispuesto que los mártires acabaran sus dias entre sufrimientos tan atroces.

Otros, afectando una hipócrita moderacion, exclamaban: ¿En dónde está el Dios de estas víctimas? ¿de qué les ha servido esta religion á la que han pospuesto su propia existencia?

La carta sigue diciendo: «En cuanto á nosotros—los cristianos,—nos sentíamos oprimidos por gravísimo pesar por no poder dar sepultura á aquellos cadáveres. Ni la oscuridad de la noche, ni el poder del oro, ni las súplicas, nada nos sirvió, nada fue capaz de conmovernos. Guardaban aquellos restos como si hubiesen de adquirir gran ganancia dejándolos insepultos.»

Despues de estar espuestos por espacio de seis dias en que se agotó la ferocidad de aquellos salvajes, se convino en quemarlos, y sus cenizas fueron arrojadas al Ródano (1).

Aquellos groseros paganos creían de esta manera imposibilitar la resurreccion de los muertos.

«Fundados en esta esperanza de la resurreccion, decían los gentiles, esos cristianos des-

(1) En el siglo XV descubriéronse en Bellecour unas ruinas que se atribuyeron á un *Ustrinum* ó edificio destinado á la combustion de los cadáveres, que pudo muy bien ser el que sirvió para reducir á cenizas á estos héroes de la Religion.

precian los tormentos y mueren contentos y alegres. Veamos si esta vez resucitan y si su Dios puede arrancarles de nuestras manos (1).»

El obispo san Euquerio escribía ocupándose de los actos de barbarie que cometieron contra los cadáveres: «No se contentaron con matar los hombres, se complacieron en encarnizarse contra la misma humanidad... Tenian envidia á aquellas víctimas, aun cuando descansaban ya en el seno de la muerte. ¡Tan cierto es que la estupidez es siempre hermana de la malignidad! Redujeron á cenizas aquella venerable osamenta, como si la llama pudiese consumir los méritos de los Santos, como si al destruir sus reliquias destruyesen sus virtudes... Negaban la tierra á aquellos á quienes acababan de abrir el cielo... Dispersásteis las cenizas de los Santos en las ondas del Ródano creyendo quitarles el medio de resucitar, cuando es precisamente por la virtud del agua como el hombre recibe la gracia de la regeneracion, principio de su resurreccion futura. Entregásteis á las corrientes del Ródano despojos dignos de honor; sus cuerpos se disuelven por la accion del tiempo de igual manera que por la de un rio. Que un ave de rapiña se apodere de los restos de un hombre, que lo devore una fiera, que lo absorban las aguas de un rio, que lo oculte una tumba, queda siempre en el seno de la naturaleza. Porque no es la tierra quien ha de volver al hombre su forma corporal; es el poder de Aquel que ha dicho: — Yo soy la resurreccion y la vida (2).»

XLVII.

Mártires fuera de Lyon.

En lo mas rudo de la persecucion, hubo algunos cristianos que, fuera que su humildad les hiciese creer que no sabrian resistir la lucha, fuera por otras razones, huyeron de Lyon y de Vienne. Pero los que perseguian con tanto furor los cadáveres, claro es que no habian de dejar en paz á los fugitivos.

Dos jóvenes de ilustre cuna, Epipodio y Alejandro, galo el uno, griego el otro, unidos ambos por los lazos de la amistad y de estudios comunes, se refugiaron en Pierre-Encise (*Petra-Incisa*), en casa de una viuda cristiana, llamada Lucía, que les ofreció generoso asilo.

Descubiertos por los esbirros son encarcelados, y tres dias mas tarde tienen que presentarse al tribunal. Aquellos jóvenes nobles, atadas las manos á las espaldas, recorren la ciudad lo mismo que si fueran grandes criminales.

En la presencia del magistrado formulan la solemne profesion de su fe, diciendo:

—Somos cristianos.

El juez, dirigiéndose á los que les rodean, dice:

—Pues entonces ¿de qué sirven tantos tormentos y tantas muertes, si esta gente no ha de agotarse jamás?

En vez de interrogarles en comun, se juzga mejor separarlos, á fin de que el uno no anime al otro.

El presidente, afectando aire de indiferencia, se dirige á Epipodio y le dice:

—Vamos, ya ves; el Crucificado á quien adoras prohíbe goces que constituyen el verdadero encanto de la vida, mientras que nuestros dioses reciben los homenajes entre flores y festines. Deja, pues, unas austeridades contrarias á la naturaleza para satisfacer las justas exigencias de tu lozana juventud.

—Entre vuestra religion y la mia, responde Epipodio, hay una diferencia; en la vuestra manda el cuerpo y el alma obedece; en la nuestra manda el alma y el cuerpo obedece. Los festines con que honrais á los dioses son verdaderas atrocidades.

(1) *Epist. eccl.*, 16.

(2) San Euquerio, *Hom. in S. Bland.*

Hacia largo tiempo que duraba la discusion, cuando el populacho, levantando una furiosa gritería pidió la muerte del acusado. El tumulto amenazaba acabar en motin; entonces el presidente, no queriendo entregar á Epipodio á placer de las masas, ordenó que fuese decapitado. Al presentarse Alejandro, se le dice:

—Jóven, te advierto una cosa, y es, que de esta raza impía ya no quedas mas que tú.

—Te engañas, le responde con conviccion Alejandro; el nombre cristiano no morirá nunca; los que mueren lo propagan; los que viven lo perpetuan.

No se juzgó del caso proseguir una discusion que no habia de acabar en bien para los paganos.

—Ya que esta gente, dijo el juez, se hace una gloria de sufrir largos tormentos para pretender así que nos han vencido, neguémosles este gusto, y despachemos pronto con ellos.

Hubo otros cristianos que huyeron de las cárceles de Lyon. Uno de ellos, Marcelo, despues de convertir á uno de sus huéspedes, fue sorprendido en Chalons por la escolta de un gobernador romano. Valeriano, compañero de aquel, pasó algunos meses oculto en (*Trenorchium* (Tournus); pero descubierto tambien, fue condenado á muerte.

Se procedió al exterminio del clero de Vienne. Justo, su obispo, fue martirizado en union de sus principales cooperadores Severino, Exuperio y Feliciano, y sus restos echados al Ródano.

Benigno, Antíoco y Tirso, al tener noticia de las persecuciones de las Galias, dejaron el Oriente, creyendo que aquella atribulada cristiandad podia necesitar de su socorro. Primero, permanecieron ocultos en Lyon, dirigiéndose despues á Autun, donde el decurion Fausto, convertido al Cristianismo, les dió hospitalidad y recibió de ellos el bautismo junto con su familia y varios de sus amigos. Fueron los fundadores de las iglesias de Autun, de Dijon, de Langres, recibiendo, por fin, la corona del martirio.

XLVIII.

Un mártir escitado por su madre.

Rodeado del esplendor de una cuna ilustre y de una virtud reconocida por todos, vivia Sinforiano en Autun captándose el aprecio universal. Dotado de una educacion adaptada al rango de su familia, empezó á dar frutos de virilidad en aquella edad en que no suelen darse mas que flores de juventud.

Era sencillo sin afectacion, humilde sin bajeza, prudente sin debilidad, presentando en sus palabras, en sus modales, en toda su conducta un sentido práctico extraordinario, unido á un excelente criterio y á una gran claridad de inteligencia, de suerte que los mismos paganos reconocian que era imposible reunir aquel círculo de buenas cualidades sin una bendicion especial del cielo.

La ciudad de Autun tenia una aficion extraordinaria á sus supersticiones gentílicas. Pocas ciudades contaban con tan gran número de templos ni con tal multitud de ídolos. El fanatismo pagano allí lo dominaba todo.

Sus dioses principales eran Berecintia ó Cibeles, á la que llamaban Madre de los dioses, y cuyo culto costó mucho trabajo el desarraigat; Belenus, el dios del Sol, que le representaban en figura de un jóven con la cabeza radiante con los rayos del sol y sosteniendo en su mano una rueda inflamada; y por fin, Diana.

Estaba celebrándose una solemne procesion en honor de Berecintia, á la que concurría toda la ciudad.

Sinforiano no supo disimular la repugnancia que le producía aquel ceremonial ridículo,

en virtud de lo que fue arrestado y conducido á la presencia de Heraclio, personaje consular que se hallaba en Autun con la comision de mantener en su integridad el culto gentilico.

Al presentarse al tribunal Sinforiano, el juez le dice :

—Declarad vuestro nombre y vuestra profesion.

El héroe contesta sin vacilar :

—Me llamo Sinforiano y soy discípulo de CRISTO.

—¿Por qué desdeñais adorar á la diosa Madre?

—Os he dicho que soy cristiano, y el cristiano no adora sino al verdadero Dios que está en el cielo. Tan léjos estoy de adorar á esta mentida divinidad, que si me dais un martillo vais á ver cómo la diosa Madre cae deshecha á mis golpes.

El juez exclamó :

—Esto ya no es solo un sacrilegio, sino que es añadir el desacato á la impiedad. ¿Este hombre es de esta poblacion? pregunta Heraclio á uno de sus dependientes, el cual le responde :

—Sí; es de esta ciudad y de una de sus primeras familias.

—Será esta cualidad la que os hace tan altanero. Que se le lean las disposiciones del Emperador.

Despues de leidos los decretos imperiales, en que se ordenaba castigar á los cristianos que se proclamasen tales, Heraclio continuó:

—Veis que no está en mi poder el contravenir á las disposiciones del Príncipe. Sois culpable de dos delitos : de sacrilegio para con los dioses, de falta de respeto para con las leyes. Si no tratais de cumplir con lo que nuestra legislacion ordena, no podré dejar de hacer un ejemplar en vuestra persona. Las leyes ultrajadas, los dioses ofendidos, claman contra vos.

—El prestigio que ejercen vuestros ídolos no puede ser mas que un prestigio satánico y nosotros los cristianos ni fijar podemos la mirada en unos objetos que personifican el vicio, porque tambien nosotros tenemos un Dios que, bueno y liberal cuando recompensa el mérito, es severo y justo cuando castiga la infidelidad.

El juez ordena que Sinforiano sea sometido al tormento de los azotes, conduciéndole despues los lictores á la cárcel (1).

Pasados los dias que fijaba la ley, sale de la oscuridad de su calabozo. Su cuerpo tan flaco y extenuado se hallaba, que los nudos de las cadenas no llegaban á apretar sus brazos. Mas que hombre, podia decirse que no era mas que un esqueleto.

Con acento suave y rostro halagüeño el juez le dice :

—Tened en cuenta, Sinforiano, lo que perdeis y el daño que os haceis rehusando adorar los dioses inmortales. Hijo de una familia ilustre, vuestro honor y vuestra gloria está en la adhesion á las instituciones; podeis servir al Estado, y yo os ofrezco en nombre del César recompensas proporcionadas á vuestros servicios.

Como se sintiera Sinforiano lastimado en su dignidad, respondió:

—Un juez, que es representante de la autoridad del Príncipe y de la majestad de la nacion, no debe perder el tiempo en palabras vanas.

—Estoy en mi derecho exigiéndoos que sacrifiqueis á los dioses para que disfruteis de la honra propia de vuestra posicion y de vuestros merecimientos.

—Un magistrado, continua el héroe, envilece su dignidad, empaña el lustre de su ministerio si se sirve de él para tender redes á una fidelidad honrada. No me dejo ablandar por halagos, ni intimidar por castigos, aun cuando uno de ellos haya de ser la muerte. No tengo apego á una vida que el tiempo tarde ó temprano tambien habia de quitármela. La muerte es un tributo que el hombre debe á su Dios, y sé que no puedo eximirme de pagarlo. Si me ofreceis la ocasion para ello, sabed que yo no tendré inconveniente en hacer que esta muerte

(1) Eran los guardias que acompañaban y escoltaban á los magistrados de primera categoría. Llevaban á la espalda haces de varas de en medio de las cuales salia una hacha. Su ministerio consistia en separar al pueblo, llamar con las haces á la puerta de la casa donde se dirigia el magistrado y ejecutar puntualmente las sentencias.

que al fin es una deuda que se convierta en un don, y ofrezca á Dios con mérito lo que hubiera de darle por necesidad. ¿De qué habria de servirme una abjuracion deshonrosa, el temblar delante de un juez que ha de morir como yo? Lo que me ofreceis no es la honra, es la apostasia, es la vergüenza, es la muerte de mi honra, el oprobio de mi nombre. ¿Y en cambio de qué? ¿De ventajas materiales? ¿De riqueza? Es codicia bien insensata la de querer poseerlo todo cuando en hecho de verdad no poseemos nada. La fortuna nada nos puede dar, porque nada podemos retener. Las satisfacciones con que ella nos brinde son agua helada que se derrite al primer rayo de sol. No puede halagarme lo que se muda tan rápidamente y que es arrastrado par el torbellino de los años al vasto seno de la eternidad.

El discurso que hubiera interesado á un Marco Aurelio no hizo mas que producir impaciencia en un juez, atento, no á escuchar sábias razones, sino tan solo á obtener una abjuracion á cualquier precio.

—No puedo tolerar por mas tiempo tal lenguaje. Sacrificad á la diosa Madre, ó sino hincáis ante ella vuestras rodillas, yo voy á poner á sus piés vuestra cabeza.

—Mi cuerpo está á vuestra disposicion. Me queda la independendencia del alma, y esta la sostendré á todo trance. ¿Caer yo en la vergüenza de mezclarme con una turba de gentes degradadas que añaden el furor á la brutalidad en los trasportes de una alegría insensata, haciendo responsable á la Divinidad de esta série de escándalos? ¿Echarme á los piés de vuestro Apolo, que fue arrojado del cielo y reducido á guardar los rebaños de un rey Admeto, y que canta noche y dia al son de su lira unos amores infames? ¿Adorar á una Diana que recorre plazas y encrucijadas sembrando envidia y discordia?

Aquí el juez le impuso silencio pronunciando la siguiente sentencia:

«Declaramos á Sinforiano reo del crimen de lesa majestad divina y humana, ya por haber rehusado el sacrificar á los dioses, y hablado de ellos con poco respeto, y, en fin, ultrajado sus altares, en satisfaccion de lo cual le condenamos á morir al filo de la espada vengadora de los dioses y de las leyes.»

Al ser conducido al suplicio, su madre, venerable por su edad y por sus virtudes, al verle pasar le exhortaba de lo alto de los muros de la ciudad á morir como héroe.

—Hijo mio, hijo mio, gritaba con voz que lograba dominar el tumulto de las turbas penetrando en el fondo del corazon del mártir; no pierdes de vista el Dios por quien mueres: tenle siempre en el pensamiento.» Luego, esforzándose mas y mas, exclamaba:

—«¡Hijo mio, valor! No hay que temer una muerte que nos conduce á la vida. Tanto como tus ojos, fija en el cielo tu corazon. Vas á cambiar una vida que muere por una vida inmortal.»

El mártir fue decapitado fuera de los muros de la ciudad.

Los cristianos pudieron apoderarse de sus reliquias, que depositaron en una vivienda ignorada. A mitad del siglo quinto Eufronio le dedicó un suntuoso templo.

XLIX.

Nuevos mártires en la Galia.

Desde su primera época la cristiandad de los galos se manifestó con todo su vigoroso carácter.

Ya desde un principio cada creyente fue un apóstol y cada apóstol un mártir. Se llegó á tomar gusto por el martirio, á amarlo hasta con pasion; este amor llegaba á la fiebre, y la fiebre del martirio venia á ser una especie de contagio que de los hombres pasaba á las mujeres, á los niños.

Ya sin ser cristianos los galos despreciaban la muerte. Los antiguos bardos en su vapo-

rosa poesía, por medio de fuertes imágenes les trasportaban despues de la tumba á un mundo fantástico donde vivirían con todas las pasiones, con todas las voluptuosidades del nuestro. Aquellos séres que iban á pasar por el sepulcro para residir despues en la plateada nube, meciéndose en ella empujados por un céfiro suave que les conducía de una á otra region; que encontraban despues de la muerte un palacio de oro donde las almas virtuosas eran brindadas con todos los placeres mas sensuales, donde el apasionado por las batallas llevaba consigo á sus fantásticas legiones, dando combates en la region del éter, ó si la caza habia constituido sus delicias, montado en corcel de vapores perseguía á jabalíes de nubes, todo esto no podia menos que herir la imaginacion del galo que acababa por desdeñar la vida, esperando con frenesí la hora de entrar en la tumba. ¿Qué habia de suceder cuando en vez de aquella religion de sombras y de fantasmas, en vez de aquel culto que tenia por templo pavoroso bosque jamás alumbrado por el sol, por música el bramido de tempestuoso huracan, por lámparas la chispa eléctrica del rayo, por oracion el rumor de las olas que se deshacen en espuma al chocar contra la peña, apareció el Evangelio con su dogma, con su moral, con su culto tan sublime y adaptado á las necesidades de la inteligencia y del corazon, y dando una idea tan clara, tan definida de la inmortalidad?

Flocello, un niño, en Autun quiere tener el gusto de morir por la fe aun antes de experimentar lo que es vivir.

En Langres, tres hermanos gemelos Speusipo, Eleusipo y Melasipo, junto con su abuela Leonila, ofrecen á su religion el testimonio de su sangre. Una mujer, Jovila, al ver el cuadro sublime que ofrecen los mártires no acierta á contenerse; deja á su esposo y á su hijo y corre gritando:— ¡Tambien yo soy cristiana! Mientras que se la atormenta, el *notario*, es decir el encargado de redactar las actas de los mártires, Neon, que en un sitio reservado de la asamblea debia reproducir sus palabras y consignar sus sufrimientos, tampoco sabe reprimirse; deja á otro su cuaderno, y en su carácter de cristiano se presenta á reclamar su derecho al martirio. A Neon le sustituye Turbo, el cual cede tambien al contagio y entrega á su vez el manuscrito á otros para que continuen su trabajo y puedan continuar su nombre en la lista, ya muy larga, de los mártires de las Galias.

Tanta fe, tanto fervor, tanto desprendimiento no puede dejar de dar su fruto. No era la época de los grandes oradores, y sin embargo era la época de las grandes conquistas para la fe. Es que hay algo que vale mas que la elocuencia de la palabra, es la elocuencia del martirio; por mucho que sea el prestigio, el calor de la palabra, es siempre mayor el de la sangre que se derrama en obsequio á la Religion. He aquí por que en Lyon como en Viena, en Autun como en Langres, en todas las Galias, á medida que los verdugos hacen caer una cabeza brota mayor número de cristianos.

L.

Principio de decadencia del Imperio.—Estado intelectual.

Con un régimen personal como el de Roma, claro es que la personalidad del Emperador habia de ejercer su influencia en el imperio. El Emperador, fuerte tan solo para consigo mismo, era débil para con todos los que le rodeaban. De aquí su conducta de continuas fluctuaciones, su política vacilante. Hombre á propósito para proclamar grandes principios, no servia para aplicar ninguno.

Ciudadanos que no eran mas que nulidades ejercieron con Marco Aurelio un gran papel; hombres de corte que en tiempo de Antonino por su inutilidad ocupaban los últimos puestos, en los de Marco Aurelio ascendieron á personajes de primera fila.

Contrastando con la bondad natural del Emperador ocupaban las puestos públicos más lúbrimos funcionarios. Marco Aurelio lo sabia y lo toleraba.

Recibió la alta investidura de los pretores un hombre que habia ejercido un oficio tan degradado como el de gladiador. Marco Aurelio le llamó. Aquel se limitó á contestarle:

—Yo veo entre los pretores á muchos que han luchado en la arena conmigo.

Esta respuesta debia advertir á Marco Aurelio la necesidad que habia de trabajar por el prestigio de los destinos públicos. Marco Aurelio se limitó á callar, dejando las cosas como estaban.

Atendida la lucidez de inteligencia de Marco Aurelio no hay duda que para su reinado hubo de tener su ideal; pero ¿qué ideal fue este? Emperador filósofo, aficionado á la cátedra, amigo de vivir en un mundo de abstracciones, tomó por divisa de su gobierno la máxima de Platon.—«Los pueblos serán felices cuando los filósofos serán reyes ó los reyes serán filósofos.»

El propósito de Marco Aurelio hubiera sido que los obreros en su época hubieran sido obreros de la inteligencia, que en vez del comercio de mercancías existiera el comercio de ideas, que los cuarteles pudiesen convertirse en cátedras, que no existiera mas guerra que las nobles luchas de la palabra y del pensamiento.

Pero Platon pudo plantear su república en un libro y Marco Aurelio habia de plantearlo en la realidad. Si Marco Aurelio hubiese tenido á su disposicion una Roma ideal, legiones de inteligencias en vez de legiones de soldados; si hubiese podido decretar abolido el cuerpo humano y con él sus instintos, sus pasiones, sus necesidades, la obra de su política hubiera podido ser fecunda. Mas sucedió que mientras Marco Aurelio levantaba muy alta la Roma ideal, la Roma real se hundia en el lodo.

La filosofía pasó á ser el oficio mas apreciado y mas bien retribuido. Pero ¿qué filosofía? cualquiera; platónico ó peripatético, estóico ó cínico; lo mismo daba.

Veíanse pulular por todas partes numerosas pandillas de filósofos con su manto griego, con su luenga barba, ostentando su cabellera sobre su espalda, dirigiendo su mirar desdeñoso al vulgo de los mortales.

Los filósofos constituian la aristocracia de la época. Aquellos cínicos descalzos, sucios, haraposos, penetraban en el palacio con la arrogancia de los mas elevados personajes. Allí recibian dinero, en la casa de los ricos hallaban una bien servida mesa, y al aparecer en público alargaban su mano para que el pueblo depositase en ella su óbolo.

Aquellos hombres exigian crecidos honorarios á sus discípulos tras de una leccion destinada á enseñar el desprecio de las riquezas; y despues de asistir á voluptuosos festines donde cínicos y estóicos, peripatéticos y epicúreos á vuelta de los argumentos de cátedra acudian á otros hallados en el fondo de una botella, argumentos que esponian en el calor de una bochornosa embriaguez y cuya fuerza acababa por discutirse á puñadas, á mordiscos ó á palos.

Al dia siguiente se leia en el dintel de la academia un rótulo concebido en estos ó parecidos términos:—El filósofo está enfermo; dentro unos dias dará su anunciada leccion sobre la templanza.

Como era cosa bien pagada por el Emperador, fueron muchos los que en aquel período traficaron con la filosofía. Al presentarse Apolonio en el palacio imperial con su largo cortejo de discípulos, Démonax exclamó:

—Hé aqui á los argonautas que vienen en busca del vellocino de oro.

Lo que la filosofía ganaba en estension lo perdia en intensidad. Desde el momento en que la filosofía dejaba de ser una ciencia para convertirse en un oficio, cuando un argumento era considerado como una mercancía, cuando las pretensiones filosóficas se pagaban á precio de oro, fácil es persuadirse de lo que de allí habia de resultar.

II.

Decadencia literaria.

Lo propio que la filosofía iban decayendo también las letras. Ya el idioma latino no ostentaba aquella fluidez, aquella sonoridad, aquella concisión y pureza de formas que le caracterizaron en el siglo de oro de Augusto y hasta la época de Trajano.

Universalizado en todo el imperio, en cada provincia se le daba su carácter local. Así como Floro habló un latín españolizado y Fronto un latín de un acento y una fraseología africana, Apuleo, medio nómico, medio gético, se expresa con un latín marcadamente provincial. Entre los mismos romanos empiezan á surgir cuestiones gramaticales que manifiestan que el idioma había perdido su antigua unidad.

¿Y en qué se entretenían, de qué hablaban aquellas eminencias de la palabra? Fronto, el literato de primer orden, el abogado ilustre escribe el elogio del polvo y el elogio del humo. El teatro puede decirse que no existía. Los saltimbanquis sustituían con aplauso universal á los trágicos y á los cómicos; los críticos, los historiadores cedían el lugar á unos cuantos habladores que pretendían ocuparse de historia.

Era el siglo de los retóricos, pero de los retóricos insustanciales ó sofistas.

Si el filósofo obtenía el favor del príncipe, en cambio el retórico se captaba la voluntad del pueblo. Era arte extraordinariamente productivo. Los filósofos constituían la aristocracia, los retóricos representaban el capital. Rufo de Perinto era el hombre más rico del Helesponto. Dasumiano, por oír un discurso del retórico griego Aristides, daba diez mil dracmas (1).

En aquella época la retórica daba honra á más de dar provecho. La juventud se apiñaba en torno de la cátedra de los retóricos. Al titular de la cátedra de Atenas se le llamaba presidente de la juventud ateniense. Los discípulos sentían en favor de sus maestros un apasionamiento especial; se fingía su voz, sus modales; el traje del discípulo era igual al del maestro. Si se anunciaba que Adriano iba á declamar, todos, ancianos y jóvenes, patricios, plebeyos, hombres y mujeres salían de sus teatros ó abandonaban sus ateneos para oír el célebre retórico. Cuando uno de estos llegaba á una ciudad, todo eran súplicas para que hablase; y al obtenerlo llenábase el sitio de reunión, la sala se hundía á aplausos, coronas, diplomas cívicos, cargos sacerdotales, inmunidades, todo lo que en otros tiempos se dió á los héroes se daba entonces á los retóricos.

Nunca se ha visto de parte de ellos mayor altanería. Adriano al llegar de Fenicia á Atenas, cuando ocupaba su cátedra por primera vez, empezó su peroración con esta altiva frase:

—«También esta vez las letras os vienen de la Fenicia (2).»

Hallándose en Esmirna el Emperador quiso oír á Aristides. Este contestó que no podía ir al palacio, porque en el orden de sus ocupaciones entraba un discurso que había de hacer en otra parte, y él no faltaba nunca á este orden; por otra parte, añadió, que no tenía que solicitar del Emperador nada de lo que los demás solicitaban. Por fin, Marco Aurelio pudo verle, y entonces le preguntó:

—Y bien ¿cuando te oiremos?

—Propóndeme un asunto, contestó con autoridad el retórico, y me oireis mañana; porque yo no soy de los que vomitan (es decir, que improvisan); pero habeis de dejar que asistan mis discípulos.

—Está bien, contestó Marco Aurelio; esto será más popular.

—Y habeis de permitir que aplaudan y hasta que griten.

(1) Antigua moneda griega y romana de plata, que equivalía con corta diferencia al denario y era igual á cuatro sextercios.

(2) Creíase que Cadmos había llevado de Sidon el alfabeto á Grecia.

El retórico lo exigía; el Emperador no tuvo mas que obedecer.

Y en esta arenga el público no solo aplaudía sino que lloraba Marco Aurelio mismo: cuando Aristides fué á arengarle sobre el terremoto de Esmirna, desde el principio del discurso el Emperador empezó á suspirar; pero cuando el retórico dijo:—*¡El céfiro sopla hoy en un desierto!*; el Príncipe se echó á llorar á lágrima viva.

«Y ¡qué vacío de pensamientos! ¡cuánta puerilidad de genio! ¡qué gloria tan estéril!... Se alababa á algunos retóricos como se alaba á los histriones. Mujeres que la echaban de ilustradas querían oír *declamar* mientras arreglaban su tocador. Por doscientos dracmas el retórico hacía un discurso durante todo un concierto; ordenaba la duracion de su arenga segun el vino que se bebia, y esto sin perder la gravedad de su actitud ni la pompa de su lenguaje... Los maestros mas ilustres ¿qué hacían sino hablar por hablar? Andaban de poblacion en poblacion haciendo la apología de la ciudad, y sobre todo del huésped que les recibía en su casa. No había nada comparable á aquella ciudad, á aquel huésped, ó á aquella fiesta, y despues de agotar todos los panegíricos, escogía por asunto algo nuevo como los cabellos de Leda, las alabanzas de Castor y Pollux, la embajada de Dario á Alejandro; estudiante hasta el postrer suspiro, pero estudiante presumido, soberbio, que comenzaba con largos exordios sobre su nombre, sobre su elocuencia, sobre su gloria; no hablando sino de su manera de expresarse ó de la de sus rivales, cebándose contra estos, reprochándoles el vacío, la futilidad de sus discursos, su extravagancia, su incorreccion «hecha para no agradar sino á las mujeres y á las peores de entre las mujeres;» les llamaban saltimbanquis y bailarines de teatro, como si él mismo fuese otra cosa: tal era el retórico Aristides... En tiempo de Marco Aurelio un retórico no es mas que un artista, que se dedicaba, como se diría hoy, al arte por el arte, un trabajador de la palabra por la palabra, un pobre obrero, aun cuando ganase coronas. Si por azar alguna vez llegaba á ocuparse de algun asunto útil, era cosa que se estrañaba y había que principiar por pedir perden.—«Nosotros los retóricos, decía Aristides, cuando declamamos no es siempre con la condicion de no decir algo que pueda importar al bien público.» Y despues de esta elocuencia de que estaba tan orgulloso, y que creía deber á una mision de los dioses, á visiones, á sueños, comprende con pesar que ella no ocupa mas que un rango harto inferior en la admiracion pública. Es, á lo mas, la segunda de las diversiones; el bailarín y mímico pasan delante del *primero de los griegos*. Se va al baño y á la piscina antes que al Ateneo.—«¡Insensatos! exclama cómicamente; también despues de vuestra muerte se os lavará; mas ya entonces no oireis discursos (1).»

LII.

Últimos días de Marco Aurelio.

Á todas estas decadencias se añadía la del Emperador.

Al partir para la guerra en 178, en la flojedad de sus miembros, en el estado general de su naturaleza física veía la proximidad de su muerte. Se despidió, pues, de su querida Roma, seguro de que no había de volverla á ver.

Y Roma también se despidió de él, convencida de que era por última vez que el Emperador filósofo pisaba su recinto. Aquel hombre de rostro pálido, de ojos hundidos, cuyo estado general revelaba agudos padecimientos, no había de resistir la fatiga de una penosa guerra.

Pidieronle los filósofos que le rodeaban que antes de partir les dejase un resumen de su doctrina. No se negó á esta peticion. Mientras se hacían los preparativos de guerra, ya que

(1) *Les Antonins*, por el C. de Champagnac.

era la última vez, bajó de la silla imperial para subir á la cátedra, donde dió tres lecciones públicas.

Después de recibir los aplausos de los filósofos, se dirigió al templo de Marte, tomó allí la lanza ensangrentada, la arrojó hácia el país de los enemigos, y partió.

Preparábase para castigar severamente á los marcomanos, cuados y sármatas, siempre vencidos y siempre rebeldes. Pero se declara la peste en el ejército. El contagio no perdonó al mismo Emperador.

Marco Aurelio, al ver próximo su fin, llama á su hijo, le recomienda que no se separe del ejército, que tenga en cuenta que aquella guerra es demasiado importante para entregar el mando supremo á sus inferiores, que evite el que Roma haya de quejarse de que el nuevo Emperador falta á su deber ya desde el primer día. Marco Aurelio habia escrito: «El hombre de bien nunca abandona su puesto.»

Cómo era demasiado egoísta para dejarse convencer por las palabras de su padre moribundo. Con su acostumbrada grosería dió á su padre un disgusto mas, manifestándole que él no habia de continuar en un país azotado por una epidemia. ¡En tales manos iba á dejar el imperio!

Poco antes de morir tuvo acerca de su hijo otra revelacion tremenda; fue la de que Cómodo estaba de acuerdo con sus médicos para abreviar los días de su existencia.

No es extraño que Marco Aurelio escribiese:

«Nadie hay tan dichoso que no llegue á tener junto á sí, al morir, alguno que deje de sentir pena por su muerte... Alguien que te ve espirar, exclamará: ¿respiraré, por fin, libre de ese pedagogo?... ¡Deja, pues, la vida sin amargura, ya que puedes decir: ¡Los mismos que vivian cerca de mí, por quienes tanto yo habia trabajado, hecho tantos votos, sentido tantas inquietudes, estos mismos desean mi muerte!... No experimentes, pues, dolor al dejarlos... La naturaleza te unió á ellos; la naturaleza te separa de ellos.»

Estas palabras revelan un corazón hártamente probado por el desengaño.

En sus últimos días Marco Aurelio, el emperador, el filósofo, se vió aislado, enteramente solo. Sus amigos huían de él creyendo huir de la peste.

Su principal amargura, su pesadilla era siempre el hijo que dejaba á Roma como emperador. Si de algo hablaba, era de los príncipes que habian llegado al mando supremo siendo muy jóvenes; y entonces recordaba la larga serie de tiranos desde Dionisio hasta Antigonio, los Calígulas, los Neronés, los Domicianos, y al expresarse así sentíase abrumado de inmensa turbacion; terribles fantasmas aparecian á su imaginacion, y pensando alternativamente en Roma y en su hijo, no podia menos de exclamar: — ¡Pobre Roma y pobre Emperador!

Él, tan valiente con sus pasiones, con sus debilidades, fue cobarde con su enfermedad. No se sintió apto para luchar con ella, y acabó dejando ignominiosamente el puesto de la vida por medio de un suicidio, á cuyo fin se abstuvo de tomar alimento.

Poco antes de morir pudo congregarse en torno suyo algunos, muy pocos amigos de su intimidad. Era la única corte que aun le quedaba al Emperador apestado. Habló con ellos fingiendo bastante buen humor; se burló de la vanidad de las cosas humanas, y al leer la mas viva emocion en la frente de los que le circuián, exclamó:

— ¿Por qué me llorais? Lo que debéis llorar, sin duda, es el contagio que diezma al ejército y que os amenaza también á vosotros.

Parecióle que aquellos amigos junto al lecho de un apestado, por mas que fuese el Emperador, estaban impacientes. Marco Aurelio, olvidándose de que era estóico, no pudo reprimir un suspiro de honda amargura y exclamar:

— ¡Me abandonais! Está bien: yo parto, vosotros me seguireis.

Se le preguntó á quien recomendaba á Cómodo.

— A todos vosotros, contestó; y además á los dioses, si es digno de ello.

Antes de morir, el tribuno de los soldados se le presentó para pedirle la consigna. En una ocasion semejante, Antonino contestó:

—¡Tranquilidad!—Marco Aurelio dió esta respuesta:

—Véte hácia el sol que sale; yo soy el sol que se pone.

Despues de esto, no vió á nadie mas, ni aun á su hijo. Cubrió su cabeza con su manto y espiró el 17 de marzo del año 180.

LIII.

La apoteosis.

La apoteosis era la deificacion de un hombre. Grecia en la época de su virilidad y de su esplendor, mientras dió pruebas de una civilizacion robusta, en cuanto pudiese darlas una sociedad pagana, realizó pocas deificaciones.

Tampoco en la primitiva Roma se encuentran recuerdos de apoteosis; á escepcion de su fundador Rómulo, divinizado con el nombre de Quirino, no se consigna ninguna otra deificacion. Lo propio sucedió en el periodo de la república. Pero apenas Roma se erigió en imperio, el emperador, que ya en vida era considerado como una especie de divinidad, fue proclamado tal despues de su muerte, á cuyo acto se llamaba tambien *consecratio*, porque al recibir la *apoteosis* se decia *in deorum numerum consecrari*.

Herodiano refiere el ceremonial que se observaba con este motivo. Vestíase la ciudad de luto, y alternándolas con ceremonias fúnebres, se celebraban otras de regocijo en señal de alegría por haber sido el emperador elevado á la categoría de los dioses. Encargábase á un artista de primera nota una figura de cera, con todo el parecido posible del personaje á quien se habia de deificar, la que se esponia al público en el vestibulo de palacio sobre una rica cama imperial de grandes proporciones, cubierta de preciosísimo paño bordado de oro. Una palidez mortal sombreaba el rostro de la figura. Al lado izquierdo del lecho estaban sentados senadores en traje de luto, y á la parte derecha las romanas nobles vestidas de blanco, sin aderezos de ninguna clase.

Preparada ya debidamente la poblacion, promovido el entusiasmo popular, despues de siete dias se proclamaba que el emperador habia muerto, y llevado en andas por los caballeros de la primera nobleza y las jóvenes elegidas entre las órdenes senatoriales, era paseado por la Via Sacra y espuesto el cadáver en la antigua plaza. Colocábanse á ambas partes plataformas, donde un coro de varones nobles y otro de doncellas de la mas elevada alcurnia entonaban himnos en honor del difunto. Recorríase despues con inmenso séquito toda la ciudad hasta llegar al Campo de Marte, donde habia levantada una especie de columna cuadrangular, adornada con tapices bordados de oro y plata. Allí colocaban el lecho; y plantas aromáticas de todas clases, toda especie de jugos olorosos, todos los inciensos contribuian á embalsamar el aire, constituyendo esto el tributo, no solo de los personajes mas distinguidos del imperio, sí que tambien de multitud de poblaciones que se apresuraban á ofrecer este obsequio á la nueva divinidad. Aparecia luego en torno de la pilastra una procesion completa de ginetes y carros militares, prendíase fuego á aquel armatoste, y al arder las yerbas aromáticas lanzando un precioso perfume, soltábase un águila que se perdia entre nubes de humo, simbolizando el tránsito del emperador á los cielos. Luego un senador, que cobraba un sueldo al efecto, presentábase al Senado para jurar allí que habia visto al príncipe en forma humana encaminándose hácia el empíreo, y entonces venia la declaracion del Cuerpo senatorial proclamando al emperador incorporado entre los dioses. El pueblo reunido en el Foro declaraba á su vez que reconocia y aceptaba la nueva divinidad.

Aunque en la muerte de Marco Aurelio se prescindió bastante de este ridículo ceremo-

nial, se le proclamó de una manera particular el *dios propio de Roma*. Del fondo de las masas salió este grito:

—«Los dioses nos le prestaron; los dioses se lo han llevado. No le lloreis, adoradle.»

Cada casa tuvo su imagen, y los cristianos, que se negaban á este culto idolátrico, fueron tachados de sacrilegos (1).

Roma guarda todavía la incomparable estatua ecuestre de este emperador, montado en un caballo que es una obra portentosa de arte.

LIV.

Cómodo gobernando solo.

El imperio de Cómodo es el imperio de la bestialidad, el imperio de la sangre. Para humillacion de la altiva Roma no podía colocarse á su frente una figura mas brutal. El haber tolerado á un hombre como Cómodo, nos da la medida de cuál era la desgracia de Roma en aquellos tiempos.

Perezoso, inepto para todo lo bueno, llevando hasta la estupidez su falta de inteligencia en el gobierno, lo primero que hizo fue estipular la paz con los marcomanos y los cuados, agregó al servicio del imperio á mas de veinte mil bárbaros que habian de introducir en él poderosos gérmenes de disolucion, y huyendo de los campos de batalla refugióse en Roma para entregarse á las mas torpes vergüenzas.

Fue en el poder un mónstruo que manifestó hasta donde puede llegar la perversidad humana. Y lo peor es que las personas de quienes se rodeó fueron á su imagen y semejanza.

Crispina, su esposa, mostróse digna de tal emperador.

Consideró el poder supremo de que se hallaba investido como un gran recurso para dar rienda suelta á sus pasiones las mas soeces, para satisfacer sus caprichos los mas brutales. No se le ocurrió jamás que la autoridad era un principio, en favor de cuyo prestigio nadie debía trabajar tanto como el que la representa, cuya majestad no debe abatir jamás al que la ejerce. Nunca le pasó en mientes que el poder fuese una carga que impone sacratísimos deberes. El que la espada del Emperador fuese la garantía de la moral pública, la salvaguardia de la justicia social lo consideraba él como máximas del caduco Marco Aurelio, que con él habian descendido á la tumba.

Como hasta las tareas del gobierno le eran enojosas, desentendióse de él.

Los que lo ejercian, representaban perfectamente á Cómodo. Puede concebirse lo que eran aquellos agentes imperiales que lo podian todo y que no habian de dar cuenta á nadie de sus actos.

Encargóse al principio de todos los cuidados del imperio el prefecto de los guardias, Perenis. Declaráronse en torno de este envidias que se manifestaron en complots que terminaron en actos de crueldad, dignos solo de aquel gobierno. Con esta ocasion Cómodo ordenó la muerte de los dos hermanos Quintilios, de dos cónsules, dos senadores y muchas mujeres. Seguro Perenis en el poder, metió á Cómodo en el fondo del palacio donde no permitia entrar sino á gladiadores, á histriones ó prostitutas; nadie que pudiese intervenir en la administracion del Estado, nadie que le infundiera recelos de hacerle la menor sombra. De esta manera al Emperador le daba por su gusto, asegurándose á su vez él mismo en el gobierno.

Allí, sin acordarse de la patria para nada, como si Roma no existiese, convirtió la corte en un lupanar. En comparacion de la suya la vida de los reyes de Oriente era una vida decorosa y casta; un harem no puede compararse á las licenciosidades de aquel palacio; habia que subir á las brutalidades de Sodoma para dar con algo parecido á aquello.

(1) *Sacrilegus judicatus est qui ejus imaginem in domo sua non habuit.*

HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *mas de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro. — Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse. — En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales mas. — Van publicadas 84 entregas.

HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellisimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

LA VUELTA POR ESPAÑA.

Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, producción, estadística, costumbres, etc. — Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega. — A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta. — También se facilita ir adquiriéndola por suscripción, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

ILUSTRACION RELIGIOSA. — LAS MISIONES CATÓLICAS.

Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

GALERIA CATÓLICA.

Coleccion de litografias representando las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José Maria Rodriguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo Maria Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla. — La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

VOCES PROFÉTICAS

ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.